

## Se abrirán las anchas alamedas y las mujeres caminaremos también por ellas

Thelma Gálvez

**E**ncontramos, por casualidad dirigida -nuestra curiosidad siempre nos mueve a buscar en el índice de materias de un libro la palabra "mujer"- la opinión que expresó John Maynard Keynes en una conferencia pronunciada en Cambridge el año 1925:

"El control de nacimientos y el uso de anticonceptivos, la legislación matrimonial, el tratamiento de los delitos y anormalidades sexuales, la situación económica de las mujeres, la organización económica de la familia -en todas estas materias, el estado actual del derecho y de la ortodoxia es todavía medieval-, no están en contacto con la opinión y la práctica civilizada y con lo que los individuos, educados o no educados, se dicen entre sí privadamente... Un partido que discutiera estas cosas abierta y sensatamente en sus mítines descubriría un interés nuevo y vivo en el electorado, porque la política estaría tratando una vez más las materias sobre las que todos quieren saber y que afectan profundamente a la propia vida."

Párrafos que nos impactan por su actualidad y que reproducimos, no inocentes de oportunismo, porque lo dijo Keynes, economista, hombre, hablando en la Escuela de Verano del Partido Liberal hace 63 años en Cambridge.

Los reclamos son antiguos, los avances lentos. Por citar sólo algunos ejemplos: la legislación sigue siendo medieval para las mujeres, participamos más en el mercado laboral y somos más jefas de hogar, pero nuestros salarios son inferiores y no tenemos iguales oportunidades de trabajo remunerado, en el matrimonio hay todavía potestad marital y tampoco tenemos igualdad frente a la tuición de los hijos.

No es nuestra intención desarrollar ahora y aquí el alegato justo de las demandas pendientes. Queremos más bien llamar la atención sobre el hecho de que, en el tema de la concertación social, las mujeres empezamos a ser mencionadas como uno más de los actores sociales en los escenarios posibles o, quizás, imposibles. No quisiéramos quedarnos en el vocabulario teatral. Queremos que la vida real nos permita ser seres iguales en derechos y, entre ellos, acceder al que hemos prometido a todos: el derecho a la alegría.

### Todos: hombres y mujeres

¿Qué hay de especial en el momento

actual que nos hace tener esperanzas de lograrlo? Si Oliva Schréiner, escribiendo tal vez proféticamente en el Cabo de Buena Esperanza en 1911, tenía razón al proclamar que "dondequiera que exista en las mujeres de cualquier sociedad un intento general de rehabilitar su posición en ella, en virtud de un análisis muy detenido se echará de ver que las condiciones mudadas, o en proceso de mutación, de aquella sociedad hacen ya innecesarias y contraproducentes la sumisión y resignación de la mujer", podríamos cambiar la pregunta por esta: "¿todavía necesita Chile de nuestra sumisión y resignación? Y quisiéramos que la respuesta ganadora en nuestro plebiscito también fuera *no*."

El triunfo del *no* trajo un hábito de alegre voluntad de cambio al que contribuimos con nuestra votación, acciones y movilización. Nuevos vientos soplan en estos días llevándose el nublado aunque no el *smog* ni el recuerdo, que nos quedarán entre las herencias. Sergio Bitar dice *Chile para todos* en el título de su reciente libro y recogemos la idea para disponer entre todos de la herencia buena y mala. Ni desheredados ni desheredadas. Una

nueva y gran familia, constituida en forma diferente, sin patriarcas pero sin negar ni olvidar que en estos años hemos sido oprimidas doblemente.

PREALC toma de Sarney la idea de la deuda social, donde los acreedores son los que perdieron lo que antes tenían. Idea no aplicable a las mujeres, porque antes tampoco teníamos. Hablamos de vindicación y no de reivindicación. Hablamos de la vuelta a la economía del Chile para todos, que anota en la cuenta de pérdidas y ganancias los valores morales, olvidados y ahora reapareciendo en algún discurso o declaración. El fin de la indignidad y el paso a una economía que considere al hombre y a la mujer como seres humanos, sin reducir su libertad a la caricatura de ser un consumidor soberano o un capitalista popular.

### Un primer paso necesario

Volvamos a Keynes, citado no sólo porque está en nuestras manos el libro recién regalado, sino porque también vivimos una situación donde se ha extremado el liberalismo económico:

"La situación de las mujeres asalariadas y el proyecto de un salario fa-

## El viejo amor (o en todas partes se cuecen habas)

Angeles Mastretta

El querido Stendhal, que escribía a principios del siglo XIX luminosas y desquiciantes historias de amor, se refería al pasado con una nostalgia idénica a la que ahora puede provocarnos el año de 1814. A veces en mitad de una historia se detiene a lamentar que, en su época, los hombres ya no tuvieran la cortesía y las pasiones del siglo XVIII, que las mujeres prefirieran el dinero y el lujo al sacrificio de luchar por un amor desventurado.

Es muy frecuente que nosotros sintamos el mismo desprecio por las pasiones a medias de nuestro fin de siglo XX mexicano, y que como Stendhal demostró seamos imprecisos y melancólicamente injustos.

Decía un maestro de Ciencia Política que el amor eterno dura tres meses, le respondía el de Matemáticas que "todo amor es eterno mientras dura". Y José José, hoy por hoy representante de todos los que mendigan amor, hizo famosa una canción que asegura: "por estar contigo si tú fueras amapola yo sería trigo". En 1988 esa canción es un éxito y sobra quien la cante con entusiasmo y quien la oiga con fe.

Hay en el México de ahora tantas Cartujas de Parma como las que Stendhal pudo encontrar en la Italia del mil setecientos, las hemos visto crecer o volverse locas, les hemos visto los cuerpos encendidos y los ojos en guerra, desafiando los desaciertos de esta época con la misma vehemencia que lady Elenboroug. Las hemos visto escapar y perderse en la nada de un amor clandestino, las hemos visto cambiar los misales por Hegel y los bordados por la sociología, sin perder un ápice de la voluntad de amor aburrido y pacífico, por lo tanto intrépido, que sus abuelas tuvieron por esa especie de hijos con ínfulas que el destino depara por maridos a tantas mujeres.

De Romeo y Julieta a Florentino Ariza y Fermina Daza, pasando por la Duquesa Sanseverina y el conde Mosca o por John

Lennon y su japonesa, todos los amores desventurados han requerido pasión y desafuero, valor y locura; y todos los amores domésticos han sido inevitablemente heroicos.

Cambiaron los tiempos, algunas costumbres, muchas palabras. Ahora el divorcio es casi tan común como el matrimonio, y ya muy pocos se meten a jurar amor eterno sin haber pasado antes por la adolescente fórmula: "vivir juntos". Como si tal veleidad no condujera al mismo desasosiego.

Lo que sucede ahora es que las normas sociales son aparentemente más flexibles. Tanto que empieza a resultar difícil saber cuándo uno se mueve dentro de la flexible norma y cuándo se sale sin remedio o la rompe escandalosamente para desgracia de todos. Así es como el amor además de los varios trabajos que pide, ahora se da el lujo de estar lleno de preguntas:

¿Es más libre o más atado a nada? ¿Es más violento o menos parsimonioso? ¿Duele menos o va más al psicoanálisis? ¿Es más avaro o tiene menos tiempo? ¿Perdona poco o está más ayudado por una escapatória legal? ¿Es más cómplice o más confiado? ¿Es más parejo o menos cuidadoso? ¿Es menos elocuente o más zángano? ¿Se rinde menos o se observa más? ¿No reconoce los riesgos? ¿Tiene un valor inusitado? ¿Es más generoso o considera que los celos son anticuados? ¿Es más tolerante o menos intenso? ¿Es menos intenso o más disimulado? ¿Tortura menos o avergüenza más? Porque ahora ya nadie se atreve a morirse de amor o ¿será que el Tonopan, el Inderalici, el Tagament o las simples Disprinias esconden y redimen a quienes antes inevitablemente morían de amor y ahora, como dice Sabines, mueren de ti?

Una cosa se puede asegurar: no hay en el México de ahora menos pasión, elocuencia, atrevimiento y heroísmo amoroso del que había hace cien o trescientos años. Aunque quizá se note menos. La engreída razón se empeña en esconderlos para que no dañen la imagen de nuestra prestigiada voluntad modernizadora. Mismo que quizá este sexenio se ponga de moda en la política, pero que desde hace tiempo lo está en la televisión, las tiendas, la radio y hasta los brasieres que se abrochan por delante.

Mexicana, escritora y periodista; publicó la novela *Arráncame la vida*. Reproducido de *Nexos* núm. 132, México DF, diciembre de 1988.

miliar afectan no sólo a la condición de la mujer, la primera en la ejecución del trabajo pagado y el segundo en la ejecución del trabajo no pagado, sino que también suscitan la cuestión general de si los salarios debieran fijarse por las fuerzas de la oferta y la demanda, de acuerdo con las teorías ortodoxas del *laissez-faire*, o si debiéramos empezar a limitar la libertad de aquellas fuerzas, por referencia a lo que es 'justo' y 'razonable', teniendo en cuenta todas las circunstancias".

Los economistas socialistas en el Chile de hoy tenemos que reconocer las interrelaciones que hay entre los aspectos económicos de la condición de la mujer y nuestras concepciones ideológicas expresadas en voluntad de cambio. En la expresión socialista de

esta voluntad de cambio, que hoy todos llaman democratización, queremos encontrar la voz llamada de las mayorías, la expresión de las opiniones contrarias, el análisis de la realidad por sobre la chatura de las frases hechas -generalizaciones válidas para todo y para nada-, la vuelta a la conciencia del derecho a tener derechos.

En esta sociedad pojh-moderna o moderna a costa de PEM y POJH, nos compete proponer, desde visiones reales y actuales, la justicia social en el corto plazo y la eliminación de las fuentes de explotación y discriminación en una perspectiva de más largo plazo.

Si hacemos economía abriéndonos al tema de la discriminación sexual veremos en cada indicador, en

cada medida de política económica, en cada consideración sobre el bienestar, el signo del sexo que a veces puede volver negativas las correlaciones positivas, que puede dar valores diferentes para un mismo parámetro, que puede hacer variar el resultado de una votación, como en el estado de Nueva York, donde ganó Dukakis con el 61% de los votos femeninos y el 49% de los masculinos.

Sensibilizarnos a las diferencias sexuales es un primer paso necesario desde todas las disciplinas y también la nuestra puede contribuir a terminar con la fatalidad de nacer chancleta en un país donde empieza a retirarse la bota militar a sus cuarteles. (X)